



UN PASO AL FRENTE

Luis Gonzalo Segura de Oro-Pulido



TROPO EDITORES





**TROPO
EDITORES**

Tropo Editores S. L.
Estudios 15-17, 5. A 50001 Zaragoza, España
www.tropoeditores.com
info@tropoeditores.com

©Luis Gonzalo Segura de Oro-Pulido 2014
©De esta edición: Tropo Editores 2014
Autor de la agencia literaria Página 3

ISBN: 978-84-96911-73-4
Depósito legal: Z-470-2014
Impreso en España - Printed in Spain
Colección Voces, N. 34

Diseño y maqueta: Oscar Sanmartín Vargas
Ilustración de cubierta: Oscar Sanmartín Vargas

Impreso en
INO Reproducciones, S. A.
Polígono Malpica. Calle E, 32-39 (Inbisa II, nave 35)
50016 Zaragoza
Tel. 976 59 78 18

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Dedicado:

A los civiles (hombres, mujeres y niños), porque ellos son los verdaderos sufridores de las guerras y las negligencias de sus ejércitos y gobiernos, que son las derrotas de los gobernantes y no las brillantes victorias como, en ocasiones, nos quieren hacer creer. Ellos, los ciudadanos, no solo sufren las guerras: también padecen las oscuras y olvidadas posguerras.

A los soldados que sirven en la actualidad y a los que lo hicieron alguna vez, porque ellos son el verdadero Ejército. A los que entregaron su vida, o parte de ella, por un mundo mejor (o por un poco de pan para sus familias), aunque en muchos casos los delirios, las enajenaciones y las fantasías de altos oficiales y políticos los condujesen a la muerte.

A los suboficiales que, además de excelentes soldados, han sido y son los verdaderos oficiales de los ejércitos. Si siguiese existiendo el castigo de la degradación, pediría que me degradasen tantas veces como fuera necesario para convertirme en uno de ellos.

A los escasos oficiales que saben, o supieron en algún momento, que lo importante de verdad se encuentra bajo sus pies y no sobre sus cabezas, por lo que han sido incapaces de

inclinarlas y han sabido sacrificar su propia carrera y su vida en aras de un bien mayor.

A los capitanes Daoíz y Velarde, así como al teniente Ruiz, por entregar su vida a la defensa de un pueblo desamparado y traicionado por su propio Ejército, que se subordinó y plegó al invasor y fue con ello cómplice de sus crímenes.

A los oficiales que fundaron la UMD (Unión Militar Democrática) —en especial al comandante Julio Busquets—, porque soñaron con una revolución sin tiros y un Ejército más democrático, libre y justo.

A los detenidos de la UMD, que fueron condenados a la cárcel mientras muchos de sus compañeros se mantenían afines a la Dictadura y, en consecuencia, indignos a sus conciudadanos.

En definitiva, a esos oficiales «traidores», denominados de diversas y despectivas formas en diferentes épocas y que durante el último tercio del siglo pasado fueron conocidos como «los úmedos» (de Unión Militar Democrática).

Al cabo X.X., para que soporte de la mejor manera posible la infame persecución que sufre, como tantos otros militares cuyos nombres están inscritos en una lamentable lista negra.

Al brigada Jorge Bravo, porque lucha y sufre a partes iguales para que todos nosotros tengamos un futuro mejor y nos beneficiemos de su esfuerzo escondidos tras su castigada sombra.

A los periodistas y escritores que escriben sobre nuestra perversa dictadura porque su aliento hace que no nos sintamos tan abandonados, oprimidos y desesperados.

A esa jueza que jamás se subordinó a los designios del poder y que mira día a día a los ojos de la bestia que la acecha, sin sentir el más mínimo temor, para que no se resquebraje en mitad de la batalla que mantiene por impartir justicia con

imparcialidad porque personas como ella son los héroes que consiguen darnos esperanza a los que hace tiempo que la hemos perdido.

Porque gracias a todos los nombrados y a muchos que olvido, o en mi inmensa ignorancia no conozco, hoy las armas son un mundo mejor que aquel que se encontraron al llegar, pero al que todavía le queda mucho camino por recorrer para ser el Ejército de una democracia avanzada que también flaquea.

A Piluca y Fernando de Página 3 por haberme aconsejado y ayudado y, sobre todo, por haber confiado en este proyecto. Sin ellos no hubiese sido posible publicar en las condiciones en las que actualmente lo hago. A Daniel Martínez por su inestimable contribución, así como a Marcos y María por sus correcciones. A María Borotau por la confianza. Y a Martina, porque escribir fue idea suya.

No quisiera olvidar a nadie, pero aquí va mi dedicatoria personal a Cristina, APF e Isa, FS, FRC y Cristina, FV y María, IG y Yurena, SRP, MN, JC y María, Luismi e Isa, Carlos y Miriam, David e Isma, Sira y Fer, Jaime y Sandra, Alberto, Pedro, Oli, Álvaro, Adri, Raúl, Juancar, Pepe, Pepo, Chiqui, Samu, José, Salva, César, Pascu, José, Fernando, Javito, Yiyi, Jeyson, Quique, Cristian, Gabi, Jorge, Juan Carlos, Dani, CV y MMM, DME, SD, JCC, CB, JLZ, JMM, MAE, SRM, JCRM, SP, RG, JM, AL, JLR, IJ, DH, SL, JAH, BP, JT, PAB, FV, DG, LC, JL, Luis, Luis Alfonso, Enrique, Jorge, Sergio, Víctor, Carlos, Chema, mis primos, VS y A, Fidel y Celia. A mis hermanos, a mis padres y a tantos otros que no puedo ni escribir con siglas por temor a que sean represaliados.



(Advertencia del autor sobre las necesarias licencias literarias tomadas para conseguir que la novela sea dinámica y ágil)

Que nadie quiera ver un ataque a la institución militar donde solo hay un sacrificio por ella. Que nadie quiera ver un menosprecio a la tropa en algún personaje o ficción novelesca donde solo hay una enorme gratitud por esos soldados españoles, que combaten contra los enemigos como leones y protegen a los desamparados como madres; que sangran, mueren y, muy a su pesar, se ven obligados, en ocasiones, a matar (con todo el dolor que ello conlleva) para que nosotros seamos más felices en nuestro mundo y nos calentemos con la inmensa seguridad que ellos nos proporcionan y, todo ello, aunque sean pagados con contratos basura en lugar de ser recompensados con la categoría que se merecen: militares de carrera. Que nadie quiera ver un menosprecio a los suboficiales en algún personaje o ficción novelesca donde solo hay una enorme gratitud por esos extraordinarios militares que antes de ser lo que son fueron tropa, y que unos oficiales caciques no permitieron convertirse en los mejores oficiales que jamás hubiese tenido cualquier Ejército porque lo que deseaban es que sus hijos heredasen sus cargos.

Que nadie quiera ver un ataque a los escasos oficiales, pero doblemente loables por ello, que anteponen sus hombres a sus aspiraciones personales donde solo hay una infinita compasión por el sufrimiento que padecen. Y ahora sí, que quien quiera vea si quiere el mayor de los menosprecios por esos oficiales que tratan a la tropa como escoria y a los suboficiales como «negros», que juegan con las partidas presupuestarias en aras de su beneficio propio y sus ascensos con la misma facilidad con la que manosean el dinero del Monopoly en su casa y que convierten los cuarteles en castillos en los que hacen valer su poder medieval, tratando a sus subordinados como siervos que ni son ni serán nunca.

Quisiera disculparme de antemano, aunque ya lo he hecho en el prólogo, por mi falta de talento literario la cual espero quede enmendado por la ilusión y la importancia que para mí tiene la difusión de la historia. En caso contrario, jamás me habría arriesgado a adentrarme en espacios y paisajes reservados para los maestros.

Mis disculpas, pues, a todos los lectores y, por supuesto, a todos los escritores, a los que admiro profundamente por el excelente trabajo que hacen y por las miles de horas que me han regalado.

Os pido a todos mis más sinceras disculpas y mi mayor gratitud por acompañarme en este (espero que poco tortuoso) viaje.

Prólogo

He aquí la primera incursión de un profano en el complejo arte de unir palabras y dotarlas de vida, intentando que no resulten tan inertes como la lectura de un diccionario. Desde luego, se trata de un arte reservado para muy pocos, y quien ha escrito este texto no se encuentra entre ellos. Por ello, pido paciencia. Es muy probable que este relato adolezca de falta de tensión, sentimiento o imaginación. Quizá se haga previsible. Tal vez aburrido. Con frecuencia se repetirán muletillas, y en muchas ocasiones las dichas comas estarán donde no deben. En cuanto uno se despista se escapan y terminan donde quieren. Me temo que son tremendamente díscolas e indisciplinadas. Un fastidio.

Y puesto que todo ello es culpa de mi torpeza, ningún reproche merece la historia que se narra. Creo que esta es buena, aunque no mejor que otras muchas que se podrían contar. Lo es, sobre todo, por resultar desconocida a todo aquel que no sea militar. Quien llegue hasta el final habrá conseguido descifrar lo que sucede en el interior de un mundo desconocido para la mayoría.

Me gustaría poder encontrar las palabras perfectas, aquellas que, sucediéndose en armonía una tras otra, consiguiesen

descifrar a la perfección ese oscuro, corrupto e ignoto mundo que es la milicia (en algunos países, espero que no en todos). Unas palabras que describiesen con precisión los sentimientos, lo bueno y lo malo, la luz y la oscuridad.

En muchas ocasiones, al releer lo escrito, dudo. Dudo porque no sé escribir. Dudo de mí. Dudo de mi habilidad y confirmo mi impericia. Hay tantas cosas que no sé, que soy como un inexperto aventurero perdido en mitad de la noche dentro de un bosque que no conoce.

Siento que no soy capaz de expresar todo cuanto hay en mi interior. Creo que encierro los sentimientos y la propia historia en mis palabras, que no son más que umbrosos sótanos, cuando los buenos escritores son capaces de acomodarlos en suntuosos palacios. Sus palabras son mansiones, las mías zulos. Yo encarcelo a mis personajes sin que puedan respirar. Ellos los hacen volar con mágicas palabras que susurran a lo más profundo del alma hasta conseguir erizarnos la piel. Por momentos, incluso los podemos acariciar.

Yo no formo parte de ellos. Así que lo primero que debo hacer, aunque en parte ya lo he hecho, es disculparme por deshonor —y sobre todo ser consciente de ello— a tantos y tantos escritores, famosos o no, que han conseguido que este arte acompañase al ser humano durante tanto tiempo.

La presente historia se narra en el contexto del Ejército de Tierra español, pero podría enmarcarse dentro del Ejército de cualquier país. Como he dicho antes, describe un oscuro mundo de poder y conspiraciones desconocido al gran público. Las armas han acompañado al poder y a los gobiernos a lo largo de la historia y, por desgracia, aún lo hacen hoy. Si por muchos generales indeseables fuera, estarían todavía más presentes.

Por otro lado, los acontecimientos que se narran son necesariamente una combinación de noticias, hechos reales y pura

fantasía, aunque es cierto que lo fantástico es realidad en gran parte del mundo. Algunos de estos ejércitos y estos países me temo que no son tan exóticos como deseáramos la mayoría. En resumen, todos los aquí narrados son hechos ficticios o reales, pero fabulados con las correspondientes licencias literarias.

Antes de dar comienzo a la historia, conviene saber que las escalas espacio-temporales —las de los hechos reales— han sido retorcidas, hasta el punto de que existen episodios que ocurrieron en dos ubicaciones distintas (Irak y Afganistán), pero que se narran como si sucediesen en un mismo emplazamiento (Afganistán). También hay personajes que acumulan en sí actos realizados por diversas personas en la vida real o, justamente lo contrario, personas, que habiendo sido autoras de varios hechos, aparecen en el libro diversificadas en diferentes personajes. Por el mismo motivo, los topónimos que se ofrecen no se corresponden con la realidad. Todo ello por la necesidad de proteger la identidad de ciertas personalidades reales y de guardar el conveniente secreto.

Siguiendo la misma lógica, los nombres de empleos han sido cambiados ex profeso, así como los correspondientes a instituciones, cargos u otros. Los personajes militares se presentan bajo nombres ficticios. Los hechos narrados en Afganistán, salvo los capítulos del ataque a la base que se inspira en la Batalla del 4 de abril producida en Irak, son pura ficción y sobre estos existen demasiadas licencias literarias como para considerarse fieles reflejos de la realidad. Afortunadamente las tropas españolas pueden presumir de un extraordinario y ejemplar comportamiento en sus estancias en Zonas de Operaciones. Valga tales capítulos para que cualquiera ajeno a las armas entienda los peligros y la dureza a la que pueda estar sometido un militar.

No quisiera terminar este prólogo sin afirmar que amo al Ejército —aunque muchos dirán que no— y que sueño con unas armas regeneradas, más nobles y justas, y un mundo mejor. Avergonzarse en ocasiones de tu propio país y tu trabajo es la única opción que permite el honor. Nunca olvido que tenemos permiso para perder y para equivocarnos, todos lo hemos hecho alguna vez —algunos, como yo, demasiadas—, pero nunca para rendirnos ni escondernos. Habernos equivocado no nos da licencia para seguir haciéndolo. Eso solo lo hacen los cobardes, aunque triunfen como mediocres. A estos les deseo que disfruten su victoria. Yo prefiero mi fracaso. Es mucho más dulce.

España
2013

Militar. Esa era su profesión. Había nacido aquí. Podría haberlo hecho en cualquier otro sitio, porque el azar es caprichoso. Pero nació aquí. *Aquí* era un país que nunca le había entendido y al que él nunca había conseguido entender. Se podría decir que estaban enfrentados, que eran enemigos. Porque lo eran. Le habría gustado amarlo, que también podría ser, porque hay enemigos a los que se les profesa una íntima y sentida admiración. Una especie de amor imposible. Pero tampoco. No lo amaba. Ni siquiera un atisbo pequeño o un ápice. Nada. No lo odiaba. Es difícil encontrar la palabra adecuada. A veces las palabras son complejas de usar porque circunscriben un sentimiento bajo los barrotes de unas letras, cuando la realidad es que no hay espacio que pueda encarcelar los sentimientos, ni los instantes ni los estados de ánimo, ni tantas otras cosas indescriptibles. Ninguna palabra tiene tanto continente. Quizá podríamos decir que lo detestaba. Sí, eso es. *Lo detestaba*. Lo detestaba profundamente. Detestaba al país y a sus gentes. Con ello también se detestaba a sí mismo. Hacía mucho tiempo que había perdido la fe en la sociedad y en el Ejército y el cansancio se había apoderado de él.


Guillermo Fernández miró, con incredulidad y pavor, el ánima del arma que le apuntaba a la cabeza, sin comprender muy bien cómo podía estar viviendo tal situación. Un fusil que conocía a la perfección. Se trataba de un Tavor, o TAR-21, uno de los fusiles de asalto más modernos que existían. Resultaba paradójico que quien lo empuñaba fuese un ferviente seguidor de la ideología nacionalsocialista, ya que se trataba de un fusil de origen israelí, pero la vida estaba llena de contradicciones, y esta era una de ellas. Vio cómo los músculos del tirador se tensaron mientras fijaba su objetivo, que no era otro que su cabeza.

«¡Decídate de una puta vez!», le ordenó Conte quitando el seguro del arma. Clic. El sedoso sonido aterró a Guillermo como si se tratase de la amenaza más estridente a la que se hubiera enfrentado en su vida.

Sabía que Conte era una perfecta máquina de matar. Un escalofrío recorrió su cuerpo: tenía que tomar una decisión. Una nueva oleada de lavanda lo sacudió como si fuese carbonato de amonio que le reanimase tras una anestesia. No se sentía con fuerzas para decidir.

Sintió que si se negaba a lo que le ordenaban, el proyectil de cinco con cincuenta y seis milímetros le perforaría el cráneo. Menos de seis milímetros de diámetro de metal eran suficientes para borrar de la faz de la tierra a cualquiera. Menos de cuatro gramos de peso. Cuatro miserables gramos de metal volatizarían sus tres cuartos de onza de existencia.

En esos breves segundos no tuvo la suerte de ver cómo su vida entera pasaba como una exhalación por delante de sus ojos, pero sí se percató de ese insignificante detalle. Una vez que la bala fuese propulsada por la deflagración de la pólvora que se encontraba en la vaina y se separase de esta, comenzaría a desplazarse girando en el sentido contrario a las agujas del



reloj. Eso ocasionaría que, al entrar en su cráneo, la bala no avanzara de forma lineal, sino en rotación. Sus sesos quedarían esparcidos por aquel hermoso paraje de montaña.

Si algo lamentaba en su vida era no haberse enfrentado antes al poder para morir con la conciencia tranquila. Vio cómo el dedo del gatillo se movía de forma casi imperceptible y cerró los ojos abandonándose a su suerte. En esos momentos recordó, en un mercado, en el que se exhibían cadáveres de forma dantesca, unos ojos verdes, perdidos y muertos, que parecían culparle de su fatal destino.

VARIOS AÑOS ANTES...

Octubre 2005
Centro de Instrucción Capitán Daoíz, Zaragoza

2

Daban casi las cinco de la tarde cuando el tren se disponía a salir de la vieja estación. Aquel día David Sánchez emprendía un viaje que, sin sospecharlo, iba a transformar su vida. Era un día soleado de otoño, las hojas del castaño de indias, grandes y marrones, y ahora libres, bailaban por el suelo al ritmo de las corrientes de aire. La vieja estación parecía fría y abandonada. En la parte opuesta de la ciudad, aunque a tan solo unos kilómetros, se encontraba la nueva estación, despojando de su esplendor a la vieja, que en poco tiempo tan solo transportaría a las sombras y al frío.

En el andén, de baldosas rojizas, se hallaba David acompañado de su novia. Blanca siempre se había debatido entre lo siniestro y lo luminoso, aunque nunca lo pareciera. Dicen que la cara es el espejo del alma, pero bajo este aspecto de inocencia se encontraba una auténtica depredadora. Después de cuatro años de relación había comprado un billete a lo desconocido. De hecho, meses antes, en primavera, había sido ella quien adquirió el mismo billete para ingresar en el Ejército. Inmersos en una especie de juego retorcido, cualquier excusa era buena para poner distancia entre ambos. No se querían; nunca lo hicieron, pero entonces no lo sabían. Estaban juntos, ni más ni menos.

El tren, un regional con asientos incómodos de enormes orejas y aires de transición, le iba a llevar a un destino que jamás olvidaría. Emitían *El rey Escorpión*, una película horrible y tranquilizadora en aquel momento. Resulta curioso cómo determinadas canciones o películas pueden situarnos en el tiempo con la precisión de un GPS en el mapa. Casi tres horas después, el tren paraba en su destino.

David abandonó la estación junto a un tumulto de personas que lo empujaron. Todas ellas, con el mismo destino y sus macutos verdes a cuestas en un interminable reguero, emprendieron un camino de varios kilómetros hasta las afueras de la ciudad de Zaragoza. Tal vez por timidez, no quiso ni supo preguntar hacia dónde iban.

Contemplar la fachada de la academia militar, donde destacaba la bandera ondeando al viento, hizo que el corazón de David rebosara de una ilusión que nacía de la candidez y que no pudo evitar verse mezclada con el miedo a lo desconocido. Nada más llegar, las preguntas de rigor, a las que respondió escuetamente, aún consumido por el respeto a una institución que consideraba sagrada. El mismo respeto con el que había entrado en la universidad, aunque en esta ocasión esperaba un desenlace más afortunado. «La Universidad es como un queso roído por una rata llamada *endogamia*, pero el Ejército es una institución con valores», se dijo a sí mismo para justificar su fracaso universitario. Aquella derrota, a la que siempre trataba de escaramuza intrascendente, le dolió porque ni siquiera pudo compartirla con unos padres que siempre estuvieron ausentes. Culpó de lo sucedido a su origen humilde, y la autocomplacencia le reconfortaba, pero ahora ya no le valdría como excusa en el duro mundo del soldado, en el que un pasado como el suyo era motivo de respeto en lugar de burlas o desconfianzas. Se sintió por primera vez desnudo y libre.

Le asignaron la Sección 74, Compañía primera.

Tras el regio edificio, su compañía estaba dentro de uno de ladrillo visto y ventanas de aluminio, en ese estilo ochentero común a tantos y tantos edificios esparcidos por las ciudades dormitorio. Su compañía estaba situada nada más entrar por la puerta principal, a la izquierda de un gran patio de armas, cuya utilidad descubriría más adelante. En la puerta del edificio, que alojaba a su compañía, esperaba un militar de los que llevan un par de meses de ventaja sobre los recién llegados en el conocimiento de la milicia, lo que suponía un abismo. Él le indicó a David la ubicación de la inhóspita litera que le habían asignado.

Llegó a la tercera planta, buscó su habitación y descubrió que era la última del ala diestra. Ocho camas, distribuidas en cuatro literas, acompañadas de otras ocho taquillas, se agolpaban en las paredes, dejando en el centro el espacio justo para una mesa, vieja y pequeña, rodeada de cuatro sillas que parecían venir de un desguace. Al mirar hacia arriba descubrió que las paredes no llegaban al techo. Vio varias camas y taquillas que ya estaban ocupadas; indiferente escogió al azar una de las que quedaban libres. El edificio le resultaba frío y desangelado a pesar de la altísima temperatura que dominaba el interior. Colocó su ropa en la taquilla e hizo la cama. Una extraña sensación de soledad y tristeza lo abordó de forma súbita.

En un momento dado se escucharon unas voces que pretendían llamar a los que se encontraban allí dentro. «¡Abajo, todos abajo! ¡A formar!», gritaban con insistencia. Descendió sin saber muy bien qué era todo aquello acompañado por el crepitar de una multitud de pisadas anónimas. Según descendía, las escaleras se atascaron y tropezó con una riada de almas asustadas que, como la suya, se apresuraban a cumplir la orden que acababan de recibir. En la calle pudo sentir un frío al

que no estaba acostumbrado, fruto del aire inmisericorde de aquellas tierras a medio camino entre las cumbres y los valles, lejos del interior y más aún del mar.

Los más veteranos se colocaron en la parte delantera de la formación y los demás, asustados, hicieron lo propio por imitación. El silencio de los reclutas invadió el gigantesco patio de armas. Solo murmuraban los torpes y nerviosos movimientos. David seguía sin entender y se sentía nervioso, presionado por la necesidad de hacerlo bien. Intuía lo que les mandarían, pero se movía con el miedo de quien piensa que se va a equivocar y será reprendido por ello. Empezaron a nombrarlos por el apellido. En el Ejército, los hombres no tienen nombre, solo apellido, y David dejó de ser él mismo y se convirtió en el soldado alumno Sánchez.

Todos intentaban mantenerse atentos y silenciosos. El miedo se había extendido entre ellos, a excepción de quienes ya tenían experiencia en aquellas lides. Una vez comenzaron a responder, todos imitaron la primera respuesta: «¡Presente!». Al llegar el turno de David, de su garganta huyó una voz ahogada y dubitativa, pero suficiente para ser escuchada.

«Soy el sargento más hijo de puta de toda la OTAN!», gritó el sargento Alberto Puig, al que todos conocían como sargento Puig y al que nadie se atrevió a rebautizar con un mote. La voz explotó para, segundos después, desaparecer dejando un zumbido en el ambiente. Nadie, salvo aquellos que se encontraban en la primera fila, conseguía ver a quién había gritado aquellas palabras, pero la voz dura y áspera bastó para inspirarles respeto. En la vida normal resulta importante entablar contacto visual con quien te habla, pero en aquella formación militar lo que se pedía era lo contrario: mirada alta y perdida. «A partir de ahora soy vuestro sargento —voceó de nuevo—. Mi nombre es “Mi” y mi apellido “Sargento”, así que, cuando os dirijáis a mí,

lo haréis llamándome “Mi Sargento”. Al payaso que se equivoque le voy a dejar el culo como la bandera de Japón. ¿Me habéis entendido?», aulló el sargento como si su vida dependiese de que todos los presentes le escuchasen.

El silencio custodió el eco de aquellas palabras durante segundos interminables, como si de una marcha fúnebre se tratara. Quien más quien menos había visto alguna que otra película que le trajo a la mente situaciones similares, pero nadie fue capaz de reaccionar. En ese momento hubo muchos que decidieron abandonar y otros sintieron el germen de la duda. No fue el caso de David.

«Os he hecho una pregunta», volvió a insistir el sargento Puig ante la pasividad del grupo. «¡Coño! La próxima vez que pregunte quiero que respondáis “¡Sí, señor!”». ¿Lo habéis entendido?», volvió a interpelarles el sargento Puig, que fue respondido con tímidas y disonantes voces de «Sí, señor». «Hasta que no respondáis como hombres, y no como mariconas, vamos a estar aquí, así que vosotros veréis. ¿Habéis entendido?». Fue entonces cuando todos respondieron al unísono: «¡Sí, señor!», y las paredes retumbaron por el estallido de todas aquellas gargantas acongojadas.

En ese momento el teniente Guillermo Fernández cruzaba el patio de armas y observaba la escena con una mezcla de melancolía y desilusión. Hacía tiempo que consideraba la Academia un teatro y sabía que el sargento Puig no era más que otro actor que se movía en él. Años atrás, él mismo había temblado de frío y miedo en ese inmenso y aterrador patio de armas al sentirse como un indefenso soldado ante la embestida de una caballería, que cabalgaba inmisericorde para arrebatárles su alma y su individualidad. Sus pasos le llevaron hasta el comedor y supo que, por muchos gritos que cabalgasen esa noche contra los nuevos reclutas, el sargento Puig no dejaría de ser para él

una persona demasiado bondadosa porque cumplía a la perfección con el papel que le habían encomendado y no podría dejar de verle como un mediocre prestidigitador.

Los asustados reclutas entraron en el comedor, una enorme estancia con capacidad para albergar a dos mil comensales. A pesar de la dura vida que había tenido David, aquella cena fue luctuosa, sin duda la peor que jamás tuvo en el Ejército. El menú, huevos fritos con una salchicha de Frankfurt como plato principal y de entrante una sopa. Los huevos eran pequeños y estaban fríos; la salsa de tomate que se encontraba sobre ellos, recalentada en exceso, se había quedado pastosa y la sopa sabía a agua. Todo ello sobre una bandeja de aluminio de forma rectangular con varios compartimentos, como en el colegio. No fue una cena lo que se dice «reparadora», pero bastó para llenar el estómago. Unos deshumanizados cocineros llenaban las bandejas de todos según pasaban en riguroso sigilo. Nadie preguntaba ni pedía nada más que aquello que aparecía en la bandeja tras ser escupido por las enormes palas metálicas. Se sentaron en las alargadas mesas, similares a las que había en muchas escuelas, y compartieron por primera vez sus temores con unos forasteros que se convertirían con el tiempo en hermanos de sangre y armas.

El teniente Guillermo Fernández se acercó a pedirle novedades al sargento Puig como era costumbre. Delante de los nuevos reclutas interpretaron sus papeles. El teniente, impasible y distante, se mostró recio, y el sargento se mantuvo subordinado en toda la conversación. El teniente Fernández observó las caras frías y pálidas de los nuevos reclutas ante el desangelado menú que les daba la bienvenida a esa dura vida militar, y se entristeció por ellos. Se preguntó qué pensarían si le viesan degustar la deliciosa cena que esa noche habían preparado y que le serviría una atenta camarera.

Desde un principio, los reclutas comprendieron que uniformarse con el resto y mimetizarse con el entorno era fundamental para superar con éxito aquel periodo de formación inicial. Todos buscaban esconderse tras sus compañeros como esos cardúmenes de peces que se mueven con frenesí para estar siempre en el interior del grupo. Con ello, dejaban de ser individuos para formar parte de un todo mayor. Poco después de cumplir con cuanto se les había ordenado subieron a la habitación. Allí, David conoció a sus siete compañeros de dependencia, tan asustados como él. A David le resultó extraño que su vida quedase entrelazada para siempre con todos ellos por un hecho en apariencia tan absurdo como compartir la letra inicial de sus apellidos. Sus ilusiones y sus sueños habían viajado desde todos los puntos de España hasta reunirlos en aquellas roídas literas.

Esa noche, a las once en punto, sonó una melodía por los altavoces. Era el toque de silencio. En el Ejército la música señala lo que hay que hacer y cuándo hacerlo. A partir de ese momento, las once de la noche, las luces permanecerían apagadas, el personal en silencio y una imaginaria —una especie de vigilante nocturno con carácter rotatorio entre todos los reclutas— recorrería el edificio durante dos horas y cuarenta minutos para cerciorarse de que todo estaba en orden hasta el toque de diana a las siete de la mañana.

A las cuatro y diez, las manos de un desconocido zarandearon a David en mitad de la noche: «Levanta, levanta». Supo, sin que ninguna palabra se lo advirtiese, que tenía diez minutos exactos para arreglarse y patrullar las distintas dependencias aunque no sabía cómo hacerlo ni qué se podría encontrar.

Con la pequeña luminosidad de las amarillentas luces de emergencia, divisó desde los grandes ventanales la magnitud de la academia y los distintos edificios existentes, sobre los

que había caído la niebla como los lobos sobre sus víctimas, lo que ensombrecía aún más la noche. En mitad de ese brutal desamparo, que ataca a quien de repente se ve rodeado de miles de desconocidos, pensó en Blanca y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sabía que la había perdido, que la relación estaba condenada. Quería creer que se trataba tan solo de un temor, pero siempre había sabido que era una realidad. La distancia los ejecutaría como el despiadado verdugo que deja caer la fina guillotina de la infidelidad. Tardaría poco en descubrir los sacrificios que se necesitaban para convertirse en soldado: parejas perdidas, hijos que no reconocen a sus progenitores, navidades desapacibles a miles de kilómetros del calor familiar.

David volvió a Madrid el primer fin de semana, aún excitado y desorientado por las nuevas experiencias, y la vio. Una fotografía de Blanca, que ya era soldado, con un cabo primero. Abrazados. En el camino de Santiago. Un viaje subvencionado que había hecho ella con su unidad militar la semana anterior. Palideció al instante y sus ojos huyeron de aquella imagen, quedando perdidos en un enfoque en el que aquella fotografía solo era un pequeño pedazo de papel ininteligible. Tardó unos minutos en tranquilizarse y poder reunir el valor de volver a ver aquella imagen. Lo hizo con una incomprendible esperanza. Estuvo paralizado durante casi una hora en aquel tortuoso instante y lo analizó con minuciosidad. Los gestos, las manos, las ropas, el entorno. Todo. Vio una alianza en la mano de él y supo que estaba casado. Vomitivas imágenes de ambos acostados en una cama se repitieron en su cabeza como flashes de fotografía que no pudo detener.

Las noches a partir de entonces se hicieron interminables y los días eran losas de ansiedad en su espalda. Corría, saltaba y desfilaba. Parecía uno más, uno de tantos. El Ejército simplifica, unifica, reduce, elimina sentimientos. Se moría por

dentro, pero, fusil en mano, era uno de tantos. Fusil arriba y fusil a un lado. Un muerto, un cadáver, una momia que se movía. Nadie notó nada, ninguna anomalía a los ojos escrutadores del Ejército. La imaginaria en las rondas nunca vio su almohada mojada de lágrimas, pues no formaba parte de su cometido; sus compañeros no las oyeron derramarse, pero su corazón las sufrió como puñales provocándole una hemorragia. A pesar del cansancio, era incapaz de conciliar el sueño, salvo cuando su cuerpo desfallecía y dejaba de alimentar su mente. Entonces, de forma súbita, todo cesaba y los sueños le arrastraban a la oscuridad y la tristeza. Escasas horas después, despertaba.

Aquello lo sumergió en la desesperación de una manera que jamás había creído posible. La angustia lo agarraba y le estrujaba el estómago hasta arrodillarle. La agonía le oprimía los pulmones hasta dejarlo al borde de la extenuación. La desesperanza le aplastaba el corazón hasta que impedía que la sangre circulase por su exánime cuerpo. Enerve, secuestrada su razón y sometida su voluntad, suplicó a Blanca que volviese con él y se convirtiese en la carcelera de su destino. Fue un acto vital que repitió una y otra vez hasta conseguir su objetivo. Un acto que instantes después le resultó humillante, aunque tan irreversible como detener un alud de nieve con las manos.